

LOS SANTOS ALTCARAGONESES

SAN LORENZO, ARCEDIANO DE LA SANTA ROMANA IGLESIA Y MARTIR

Por ANTONIO DURÁN GUDIOL

1 LORENZO—EL QUE CON EL CORRER DEL TIEMPO HABIA DE LLEGAR A SEGUNDO jefe de la Santa Romana Iglesia y a ser el santo más universalmente venerado, si se exceptúan los apóstoles Pedro y Pablo—nació en la ciudad de Huesca, posiblemente en las primeras décadas del siglo III¹.

No sabemos el cuándo, ni el porqué pasó de Huesca a Roma, joven aún, según se cree. Se apunta la posibilidad de que fuera hijo de algún soldado romano de los destacados en Hispania, el cual, al volver a su patria, llevaría consigo al precioso fruto de su matrimonio.

1. Muchas páginas escribieron los eruditos de los siglos XVII y XVIII en peregrinas disquisiciones sobre la patria de san Lorenzo. Reivindicaban para sí este título Roma, Valencia, Zaragoza, Córdoba y Huesca. Hoy los críticos no acometen esta cuestión, ya que no es posible exhibir argumentos contundentes que permitan una afirmación categórica. Falta el monumento, el testimonio contemporáneo. Sin embargo es de tener en cuenta que han sido rebatidas las argumentaciones esgrimidas por los partidarios de cada una de las ciudades arriba mencionadas, menos las que atribuyen a Huesca el lugar de nacimiento del santo arcediano. Puede verse el estado de la cuestión en P. RAMÓN DE HUESCA, *Teatro histórico de las Iglesias del Reino de Aragón*, tomo V (Pamplona, 1792), pág. 271 ss. y en JOANNES PINIUS, *Acta Sanctorum Augusti*, tomo II (París-Roma, 1867), págs. 485-532. A cuanto se ha dicho y escrito en favor de Huesca, como patria de san Lorenzo, hoy podemos añadir los siguientes datos: En el siglo XIII había en esta ciudad dos cofradías fundadas en honor del mártir, la de San Lorenzo de Loret, formalizada alrededor del año 1240, y la de *Sanct Lorenç d'Osqua*, de la que se tienen noticias desde 1223. A principios del siglo XIV los cofrades de Loret acordaron que el lunes anterior al día de san Martín fueran los inscritos a la iglesia de Loret con el fin de celebrar allí una misa de Requiem con sermón y ofrenda. Añade el acuerdo: *Encontinent que fagan absolver la Fuesa del padre e de la madre del senior sanct Lorenç e en todo el cimiterio de aquel lugar*. Acuerdo que fue ratificado en el capítulo que se tuvo en el convento de los franciscanos de Huesca el día de san Martín del año 1352, con estos términos: *Celebrata missa absolvant tumulum parentum beati Laurentii*. (Archivo de la basilica de San

Ya en la Urbe, Lorenzo fue llamado al estado eclesiástico y afiliado al Colegio de Diáconos—hoy diríamos de cardenales—en el que se le asignó el primer puesto, inmediatamente después del papa, con el cargo de arcediano. A él competía la administración de los bienes de la Iglesia y, en el tiempo de calma, habría seguramente sucedido a san Sixto en la silla de Pedro ².

Después de la muerte del emperador Decio, la Iglesia disfrutó unos pocos años de paz. Incluso le fue permitido al papa Lucio la vuelta del destierro y la permanencia en Roma hasta su muerte en el año 254. A éste le sucedió el romano san Esteban I, la muerte del cual dió ocasión a que fuera elegido papa el griego Sixto II el día 30 de agosto del 257. Y fue precisamente en el curso de este año, que volvió a encender sus teas el odio contra el Cristianismo. Cayo Publio Licinio Valeriano promulgaba un edicto, confiscando los cementerios y prohibiendo frecuentarlos. No significaba la determinación imperial, sin embargo, la persecución declarada. Esta se desató el año siguiente. En el mes de agosto del 258, Valeriano trazó en serio un plan de exterminio de la jerarquía eclesiástica. Plan que fue llevado minuciosamente a la práctica, como bien lo demuestra el sacrificio del papa y del colegio de diáconos en peso. Valeriano no apetecía la apostasía de obispos, presbíteros y diáconos. No quiso buscarla ni por la persuasión, ni por medio de amenazas y tormentos. La tarea que impuso a sus esbirros era muy simple: hallar a los jefes de la Iglesia, identificar su cargo eclesiástico y ejecutarlos inmediatamente.

Sobre esta persecución y acerca de lo acaecido en Roma en la primera decena del mes de agosto del 258, existe el testimonio escrito por un testigo de primerísima categoría: el de san Cipriano, obispo de Cartago, que murió, mártir también, unos meses después que san Lorenzo ³. Circulaban por esta ciudad africana insistentes rumores nada agradables

Lorenzo, de Huesca, Rollo de la Cofradía de Loret). De donde se deduce: a), los oscenses del siglo XIII, por lo menos, creían que san Lorenzo había nacido en esta ciudad; b), que creían asimismo que los cuerpos de sus padres descansaban en el cementerio de Loret; c), que ignoraban el nombre de los progenitores del santo; y d), que éstos no eran venerados como santos. Teniendo en cuenta la dedicación de aquel lugar de Loreto a san Lorenzo desde los tiempos inmediatos, por lo menos, a la reconquista de Huesca por los reyes de Aragón, a fines del siglo XI, no puede ser aventurado suponer que estas creencias fueron legadas por los mozárabes oscenses, gracias a los cuales jamás se vió interrumpido en esta ciudad el culto cristiano.

2. HENRI LECLERCQ, artículo *Laurent*, en *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, tomo VIII, 2.^a parte (París, 1929), col. 1917-1961.

3. HENRI LECLERCQ, *Les martyrs*, tomo II (París, 193), pág. 102 ss.

referentes al estado de la Iglesia Romana. San Cipriano, a fin de cerciorarse bien, envió a Roma unos mensajeros para que trataran de averiguar lo que había cierto. A la vuelta de éstos, debidamente informado, el prelado de Cartago escribió a Succeso, obispo de Abbir Germaniciana:

«He aquí lo que hay de verdad: Valeriano ha enviado un rescripto al Senado, estableciendo que los obispos, presbíteros y diáconos sean decapitados inmediatamente. Que los senadores, los varones egregios y los équitos romanos, perdida su dignidad, sean expoliados de sus bienes, y, si perseveraren luego en mantenerse cristianos, sean también decapitados. Que pierdan sus bienes las matronas y sean desterradas. Que los de la Casa de César, que habían confesado su fe o que la hubieren confesado ahora, sean confiscados y mandados en cadenas a posesiones del César».

(Valeriano, como bien se echa de ver, apuntaba certeramente hacia la cabeza de la Iglesia y contra los que él creería su sostén. Humanamente su estrategia no podía fallar. Pero nunca supo Valeriano que la Iglesia es divina).

Pasa luego san Cipriano a referir los hechos, los primeros hechos de la persecución: «Por lo que se refiere a Sixto, sabed que fue ejecutado en el cementerio el octavo de los idus de agosto, y con él cayeron cuatro diáconos. Y persisten en la persecución los prefectos de la Urbe: aquellos que confiesan su cristianismo, son ejecutados y confiscados sus bienes»⁴.

San Sixto, pues, sorprendido en el cementerio papal de Calixto, en la Via Apia, fue muerto allí mismo junto con cuatro de sus diáconos. Los soldados cumplieron fielmente las disposiciones imperiales.

Sin embargo, el martirio de san Lorenzo no fue llevado a cabo con la rapidez exigida. No fue sacrificado tras identificarle como arcediano de la Iglesia Romana. Tardó aún cuatro días a morir. ¿A qué fue debida esta demora? No puede saberse hoy por hoy. Se conjetura si, a causa de su cargo de arcediano, de administrador de los bienes de la Iglesia, se intentaría arrancarle algún secreto interesante sobre la administración de tales bienes.

4. SAN CIPRIANO, *Epistola LXXXII*, ML IV, col. 430. ORAZIO MARUCCHI, *Manuale di Archeologia cristiana* (Roma, 1933), pág. 58. Lo mejor, a nuestro entender, que se ha publicado sobre el martirio de san Lorenzo y de san Sixto, siguiendo los dictados de la más honrada crítica histórica, es el del P. HIPPOLYTE DELEHAYE, *Recherches sur le légendier romain*, aparecido en *Analecta Bollandiana*, tomo LI (1933), págs. 34-98. Las líneas que siguen responden a las conclusiones a que ha llegado tan eminente hagiógrafo.

Tampoco puede precisarse con certeza en qué consistió su martirio. La leyenda—que muy pronto se apoderó de la pasión de nuestro santo—habla de una carrera de tormentos que culminaron en su cremación a fuego lento sobre una cama de hierro. Aunque en tiempos de Valeriano el odio persecutorio no había llegado aún al refinamiento oriental que supone tal martirio, sí pudo san Lorenzo haber sido quemado en la hoguera, a fuego vivo, como lo serían seis meses más tarde san Fructuoso, obispo de Tarragona, y sus dos diáconos Augusto y Eulogio. Porque la «acostumbrada ejecución», de que habla el edicto imperial, aun cuando se refiere a la muerte por arma de hierro, no excluye el «vivicomburium», la hoguera ⁵.

2 ESTA ES LA LEYENDA OSCENSE QUE REFIERE LA JUVENTUD DE SAN LORENZO, arcediano y mártir ⁶.

En la invicta y por muchos títulos gloriosa ciudad de Huesca, del Reino de Aragón, nació Lorenzo, hijo de un prócer de gran santidad llamado Oriencio y de una no menos santa matrona conocida con el nombre de Paciencia. Algunos aseguran que el lugar de su nacimiento

5. Apoyándose en el incuestionable testimonio de san Cipriano de Cartago, en las Actas auténticas de los mártires de la persecución de Valeriano y en la línea persecutoria que éste siguiera, el P. DELEHAYE (Op. cit.) refuta maravillosamente bien el conocido proceso martirial de san Lorenzo: el encuentro con el papa san Sixto, la presentación de los pobres al emperador como tesoros de la Iglesia, el mismo martirio de las parrillas ... Hoy por hoy es forzoso aceptar en todas sus partes el estudio, citado en la nota anterior, de dicho hagiógrafo, así por su reconocida autoridad en esta materia, como por la diafanidad y contundencia de sus argumentos. Recientemente ha aparecido un interesante estudio laurentino debido a la pluma del P. GIUSEPPE DA BRA, *Intorno alla vita e al culto di San Lorenzo, diacono e martire* (Roma, 1954). Dedicó todo el capítulo IV —«Quando san Lorenzo subì il martirio», págs. 31-42— a la situación en el tiempo del martirio del santo oscense, cuya romanidad da por cierta, siguiendo a PIO FRANCHI DE' CAVALIERI, *San Lorenzo e il supplizio della graticola*, «Römische Quartalschrift» (Roma, 1900), pág. 159 ss. Fundado en el tormento de las parrillas, en la búsqueda de los tesoros de la Iglesia por encargo del emperador, en las características de la persecución decretada por éste, en las primitivas representaciones iconográficas, en el hecho de haber sido venerado san Lorenzo como patrono de las bibliotecas y en la dedicación de templos a los mártires de Diocleciano en los tiempos de Constantino, llega a la conclusión—significando que no pretende «di dire l' ultima parola in merito»—de que el martirio del arcediano, que no lo fue precisamente del papa san Sixto, hubo de tener lugar en el 303-304, durante la persecución de Valeriano. (Sorprende sobremanera que el P. DA BRA no haya visto el estudio del P. DELEHAYE, *Recherches...* citado en la nota anterior).

6. FRANCISCO DIEGO DE AYNSA, *Fundación, excelencias, grandezas y cosas memorables de la antiquísima ciudad de Huesca* (Huesca, 1619), pág. 138. Este autor afirma «que escribió la vida de san Lorenzo siguiendo la tradición oscense y las lecciones de los breviarios de esta diócesis y del abadiado de Montearagón». Sería superfluo subrayar el carácter fantástico de la versión que damos a continuación. (Se ha expuesto ya la leyenda oscense al tratar de san Oriencio, obispo de Auch, en la revista ARGENSOLA, t. VI, p. 3)

es la finca que aún hoy se conoce por Loret, a poca distancia de aquella ciudad. Otros, en cambio, aseguran que Lorenzo vió la luz primera en el sitio exacto que ocupa la basílica a él dedicada en la misma, en el barrio antiguamente denominado de la Alquibla.

No sin la inspiración del Santo Espíritu, impusieronle sus padres el nombre de Lorenzo, palabra que viene de «laurel», símbolo de victoria, como profecía y símbolo de lo que el recién nacido habría de conseguir sobre el tirano de Roma y sobre el demonio ⁷.

Su infancia no fue dada a juegos y pasatiempos, sino que, fuera de lo vulgar y corriente, el niño Lorenzo se esforzó tan sólo en cultivar su mente con el estudio de las letras y su alma con el ejercicio de todas las virtudes. En compañía de su hermano Oriencio, frecuentó las aulas de la Universidad Sertoriana que venía funcionando en Huesca desde los días del gran caudillo Sertorio que fue precisamente quien la fundó. En ella sobresalió Lorenzo así por la claridad de su inteligencia, como por la ejemplaridad de su vida. Tanto fue así que muy pronto los dos hermanos fueron promovidos a los sagrados órdenes. Y es de notar que, después de haberse formado en las letras humanas—según aseguran algunos, entre los cuales san Vicente Ferrer—pasó de Huesca a Zaragoza para dedicarse al estudio del saber divino en casa del obispo cesaraugustano.

Aconteció luego que vino san Sixto a España a fin de asistir, como legado del Sumo Pontífice, a un concilio de Toledo. Cuando hubo éste felizmente terminado, y emprendido el camino a la Ciudad Eterna, acertó el legado pontificio a pasar por Huesca. Aquí se detuvo unos días para descansar y tomar fuerzas, ya que era mucho el camino que le faltaba andar hasta llegar a Roma. Y se hospedó en la alquería que los santos Oriencio y Paciencia poseían en Loret. Fue debido a ello—siempre se ve la mano de la Providencia—que san Sixto conoció al joven Lorenzo,

7. Otra versión refiere: «San Lorenzo fue hijo de un caudillo español. Siendo muy niño y mientras dormía en su cuna, fue tomado por el demonio, el cual le abandonó en medio de un tupido bosque. San Sixto, a la sazón, andaba todos los caminos de España, dado a la predicación del Evangelio. Y sucedió cierto día que oyó entre árboles el llorar de un niño. Sixto empezó a buscar aquí y allá con sumo interés y sintiendo infinita compasión por el infante que tan desconsoladamente sollozaba. Al fin le encontró debajo de un laurel. Lo tomó amorosamente en sus manos, dióle el nombre de Lorenzo —que hace referencia al laurel en que fue encontrado—y lo llevó consigo. Lejos de confiarlo a nadie, san Sixto cuidó de la crianza del futuro arcediano suyo con gran diligencia y le educó cuidadosamente. Llegado que hubo Lorenzo a la edad adulta, lo condujo a Roma junto con otro que andando el tiempo llegaría también a santo con el nombre de san Vicente». (Cfr. *Acta sanctorum Augusti*, tomo II (1867), pág. 485).

de cuyas virtudes y buena disposición quedó prendado. Hasta tal punto que decidió llevarlo consigo a la Ciudad Eterna. Habló de su propósito con los padres de Lorenzo, a los cuales pudo, no sin trabajo, convencer.

Antes de emprender la marcha, previendo san Sixto la gloria que habría de alcanzar el joven oscense y, asimismo, para que sirviera de consuelo a los apenados padres, consagró en la misma granja una capilla oratorio en honor del futuro mártir san Lorenzo. Lo cual es de mucha singularidad y muy digno de admirarse, ya que sólo ha cabido este honor, en vida, a la Madre de Dios, a san Pedro y a san Juan evangelista.

Este encuentro entre san Sixto y san Lorenzo aconteció por el año de gracia de 255.

No bien hubieron llegado a Roma, se encontraron con que el papa san Esteban acababa de morir. Para sucederle fue elegido san Sixto, quien hizo luego su arcediano, que es lo mismo que primer diácono o cardenal, a san Lorenzo, encomendándole la guarda de los tesoros de la Iglesia, que debían ser algunos dineros para el sustento de los sagrados ministros y para limosnas a los pobres, más unos pocos ricos vasos de oro y plata y ornamentos preciosos para el servicio del altar.

3 EN EL NOMBRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO. AMÉN. AQUÍ COMIENZA LA áurea leyenda que refiere la pasión de san Lorenzo arcediano y mártir⁸. En aquel tiempo: Decio César y el prefecto Valeriano mandaron orden a Sixto, obispo, para que acudiera a su presencia. (Sixto había nacido en Atenas, fue primero filósofo, discípulo de Cristo después y obispo). Aquella noche habló así a la clerecía romana:

—Hermanos, no temáis. Mucho sufrieron los santos antes de obtener la palma de la vida eterna. El mismo Cristo padeció por nuestra salvación y para darnos ejemplo. Y añadió:—Vamos. Nadie tema los tormentos.

A lo que respondieron sus diáconos Agapito y Felicísimo:

—¿A donde iríamos nosotros sin nuestro padre?

8. *Acta Sanctorum Augusti*, tomo II (1867), pág. 518, que transcribe las actas de san Lorenzo según el martirologio de Adón. HIPPOLYTE DELEHAYE (op. cit.), págs. 80-90, en que publica la versión de un manuscrito de la Biblioteca de los Bolandistas, otro de la Municipalidad de Chartres, ambos del siglo X, y otro de los Archivos del Cabildo de San Pedro del Vaticano, del siglo XI. Nosotros hemos consultado también el manuscrito *Flos sanctorum*, del siglo XIV, de la Biblioteca Pública Provincial de Huesca.

Era aún de noche cuando Sixto y sus dos diáconos llegaron a presencia de Decio y Valeriano.

—¿Sabes para qué has sido llamado?—preguntó el César.

—Lo sé—respondió el obispo.

—Entonces haz que se enteren todos a fin de que tú mismo puedas vivir y, además, para que puedas ver de qué manera va a aumentar tu clero.

—Es lo que estoy haciendo—afirmó Sixto.

—No se hable más, pues. Sacrifica a los dioses inmortales—dijo Decio—y sé desde ahora el príncipe de los sacerdotes.

—Todos los días sacrifico a Dios Padre omnipotente y al Señor Jesús Cristo, su Hijo, y al Espíritu Santo una hostia pura e inmaculada.

—Por el bien que te quiero—repuso Decio—, para cuenta de tu vejez. Debes cuidar de ti mismo y de tu clero.

—Esto es precisamente mi quehacer: librarme a mí mismo y a todos de la muerte eterna.

—Te advierto que si no sacrificas a los dioses—amenazó el César—te pondré como ejemplo a todos...

—Te lo he dicho antes: yo sólo sacrifico a Dios y al Señor Jesús. Decio se dirigió a los milites y ordenó:

—Llévadle ahora mismo al templo de Marte para que sacrifique a este dios. Caso que no quisiera, encerradle en la Mamertina.

La orden del César fue llevada inmediatamente a cabo. Y he aquí que al llegar al templo de Marte, el obispo santo increpó:

—Infelices, que imploráis a ídolos vanos, hechos por la mano del hombre, ídolos mudos y sordos, que ni a sí mismos aprovechan ni a los que le invocan. Oídme, hijos: librad vuestras almas del eterno suplicio, el único que es de temer. Haced penitencia.

Ante la negativa de Sixto de sacrificar al dios Marte, los soldados, un tanto impresionados por las palabras del anciano, llevaron al papa y a sus dos diáconos, Felicísimo y Agapito, a una custodia particular y no a la prisión Mamertina, como había ordenado el César.

Por el camino el arcediano Lorenzo se cruzó con el santo obispo llevado en rehenes, y le dijo en voz alta:

—Padre, ¿dónde vas sin tu hijo? ¿A dónde, sacerdote santo, sin tu diácono? Nunca has ofrecido el sacrificio sin tu ministro. ¿Cómo te vas ahora sin mí? ¿Hice tal vez algo que no te plugo? ¿Acaso has visto en mí pecado? Despreciar al discípulo supone dañar al maestro...

Entonces Sixto respondióle:

—Ni te dejo, ni te abandono, hijo. Pero te esperan mayores luchas. A mí, pobre anciano, me ha sido dado correr una más leve carrera. A ti, en cambio, se te ha reservado un más glorioso triunfo sobre el tirano. Eres joven. ¡Ea!, no te apenes, ni llores: luego vendrás. Seguirás, levita, al sacerdote al cabo de tres días. Y he aquí que te lego toda mi herencia. ¿Para qué quieres mi compañía? Toma los tesoros de la Iglesia y repártelos como mejor te parezca.

Y así fue como san Sixto confió a san Lorenzo, su arcediano, los bienes de la Santa Romana Iglesia. Desde este preciso momento, empezó el diácono a buscar dónde se escondían los santos clérigos y los pobres; y, llevando consigo los tesoros, repartía a cada uno conforme a sus necesidades.

En el monte Celio vivía una señora viuda, que había estado con su marido durante once años y que permanecía en la viudez desde hacía treinta y dos. Esta viuda, que se llamaba Ciriaca, escondía en su casa muchos cristianos y presbíteros y clérigos. Lorenzo se enteró, tomó tesoros y vestidos y allí se fue de noche. Entrado que hubo en el refugio de seguidores de Cristo, empezó a lavarles los pies a todos. Y he aquí que la viuda Ciriaca se postró a las plantas del santo diácono y le dijo:

—En nombre de Cristo te conjuro a que impongas tus manos sobre mi cabeza, ya que sufro muchos dolores en esta parte de mi cuerpo.

—En el nombre de Jesús, Hijo de Dios Padre omnipotente—dijo Lorenzo—pongo mis manos sobre tu cabeza. Y la cubrió asimismo con la toalla que le sirviera antes para enjugar los pies de los cristianos allí reunidos. Trazó a continuación la señal de la Cruz y la viuda sanó de su enfermedad.

Siguió luego su camino por casas y criptas en busca de cristianos fugitivos. A muchos le fue dado encontrar, aquella misma noche, en la casa de un tal Narciso, cristiano también, que vivía en el barrio llamado Canario. Entró en ella con los ojos empañados en lágrimas y, según su costumbre, lavó los pies a todos los reunidos, a quienes dió parte de los tesoros que le encomendara el obispo Sixto. Por cierto que en esta casa había un hombre ciego, Crescencio de nombre, que imploró a Lorenzo con estas palabras:

—Toca con tus dedos mis ojos para que pueda ver tu faz.

El arcediano no pudo contener una riada de lágrimas.

—El Señor nuestro Jesús Cristo —dijo— que curó al ciego de nacimiento te ilumine. Y trazada la señal de la Cruz se abrieron los ojos de Crescencio, que pudo ver la luz que irradiaba el rostro del feliz Lorenzo.

De casa de Narciso se fue a la cripta Nepotiana, en el barrio de Patricio, llevando consigo cuanto podían necesitar los santos, que allí se guarecían de la tormenta persecutoria, que alcanzaban hasta el número de sesenta y tres, de ambos sexos. Lorenzo dió la paz a todos. Entre los refugiados había un presbítero llamado Justino, ordenado por Sixto, que quiso besar los pies del santo diácono. Como éste se opusiera, forcejearon los dos durante un rato, ya que también Lorenzo pretendía besar los de aquél.

—Deja que cumpla mi voto—dijo, por fin, Lorenzo—de lavar con mis manos los pies de los santos y los tuyos.

—Este es el precepto del Señor—asintió Justino—: Hágase la voluntad del Señor Jesús Cristo.

Y habiendo llenado una palangana, Lorenzo se los lavó y los besó repetidamente y se encomendó a él.

A esta misma hora Sixto era llevado a presencia de Decio y Valeriano, en compañía de los diáconos Felicísimo y Agapito.

—Apenados por tu vejez—dijo Decio lleno de ira—, te deseamos toda clase de bienes. Pero eres tú quien debe procurar por ti y por tu clero.

—¡Miserable!—respondió el obispo—, más te vale mirar por tu propio bien y no blasfemar. Haz penitencia por la sangre de los santos que has derramado.

Decio, en el colmo de su furor, dijo a Valeriano:

—Es preciso que se apague esta antorcha, para que en los demás se encienda el temor.

—Sea decapitado—sentenció Valeriano.

—¡Miserables!—respondieron a una Felicísimo y Agapito—. Si hicierais caso a nuestro Padre, escaparíais de los tormentos eternos que os aguardan.

—¿A qué permitir que vivan más tiempo estos que nos prometen tormentos?—preguntó Valeriano. Y añadió: —Llevadles otra vez al templo de Marte y, si se obstinan en no sacrificar al dios, arrancadles la cabeza.

Y fueron llevados los tres hacia el templo de aquel ídolo. No bien hubieron pasado los muros de la Puerta Apia, Sixto dijo:

—Mirad cuántos vanos ídolos, mudos y sordos, hechos de piedra. Sabed que inclinarse ante ellos significa la pérdida de la vida eterna.

Luego dirigió su mirada al templo de Marte y prorrumpió:

—¡Destruyate Cristo, el Hijo del Dios vivo!

A lo que respondieron unánimes los cristianos:

—Amén.

Y al instante se derrumbó una parte del templo.

Fue entonces cuando Lorenzo se encontró por segunda vez con los presos. Y una vez más se dirigió al obispo Sixto para suplicarle:

—¡No me dejes, padre santo! Los tesoros que me confiaste los he entregado ya.

Los soldados, al oír lo de tesoros, prendieron inmediatamente a Lorenzo. Luego, delante del templo de Marte, degollaron a Sixto, obispo, y a Agapito y Felicísimo, sus diáconos, abandonando sus cuerpos en la plaza. Esto ocurrió el octavo de los idus de agosto. Cuando se hizo de noche, clérigos, presbíteros y cristianos en no pequeño número acudieron a recogerlos para darles sepultura. San Sixto, papa y mártir, fue enterrado en una cripta del cementerio de Calixto. Y los santos Felicísimo y Agapito, mártires y diáconos, en el cementerio de Pretextato, el mismo octavo de los idus de agosto.

Lorenzo fue entregado por los soldados que le prendieron al tribuno Partenio, el cual, lleno de gozo, corrió a comunicar a Decio la captura del arcediano que escondía los tesoros de la Iglesia. Alegróse también Decio y ordenó que fuera conducido a su presencia.

—Sabemos que guardas los tesoros de la Iglesia. Dinos inmediatamente donde los has escondido—ordenó el César.

Como Lorenzo no respondiera palabra, fue confiado a Valeriano con el fin de que éste le arrancara el secreto de los tesoros escondidos y para que le convenciera de que debía sacrificar a los dioses, si en algo estimaba su propia vida. El prefecto, por el momento, le entregó a cierto vicario llamado Hipólito para que le encerrara en compañía de muchos otros presos, entre los cuales había uno desde hacía tiempo, al que habían dejado ciego.

Lorenzo se dirigió, pues, al ciego como para consolarle y le dijo:

—Cree en el Señor Jesús Cristo, Hijo de Dios vivo, bautízate y Él te iluminará.

—Creo ya en el Señor Jesús Cristo—afirmó, llorando, Lucilo (que así se llamaba el ciego)—y desprecio a los falsos ídolos.

(Estas palabras las escuchaba muy atentamente Hipólito, el vicario).

Lorenzo le catequizó y, después de tomar agua, le dijo:

—Todas las culpas son lavadas en la confesión. A las preguntas que te formularé debes responder diciendo «creo».

Luego el arcediano bendijo el agua y la derramó sobre la cabeza del ciego, diciendo:

—Lucilo, ¿crees en Dios Padre omnipotente?

—Creo—asintió aquél lleno de fe.

—¿Crees en Cristo Jesús, su Hijo, que padeció bajo Poncio Pilato?

—Creo.

—¿El mismo que murió y resucitó y subió a los cielos, desde donde ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos?

—Creo.

—Que Él ilumine tu cuerpo y tu alma.

Y después de decir estas palabras, le bautizó y se abrieron los ojos del ciego, que prorrumpió en gritos de júbilo:

—¡Bendito sea el Señor Cristo Jesús, Dios eterno, que me ha iluminado por medio de Lorenzo, porque ciego fui y ahora veo!

A partir de este memorable hecho fueron muchos los ciegos que acudieron al glorioso arcediano en busca de luz. Y en la misma custodia de Hipólito, él les imponía las manos y veían luego. En cierta ocasión, Hipólito—que había presenciado todo y era testigo de tantas maravillas—le dijo a Lorenzo:

—Quiero que me enseñes los tesoros de la Iglesia.

—¡Oh, Hipólito! Si creyeres en Jesús Cristo, no solamente te enseñaría los tesoros. Te prometería también la vida eterna.

—Si lo que dices confirmaras con hechos, yo creería.

—Oyeme y hazme caso: los ídolos son vanos, mudos y sordos. ¡Bautízate!—y, como accediera, Lorenzo le catequizó según la costumbre.

—¡He visto cómo se alegraban las almas de los inocentes!—aseguró Hipólito no bien hubo salido del agua. Y dirigiéndose al levita, añadió: —En el nombre del Señor Jesús Cristo te digo que bautices a todos los de mi casa.

Y fueron bautizadas diecinueve personas de la casa de Hipólito.

Mas tarde ordenó Valeriano a Hipólito que condujera al preso Lorenzo a palacio. El nuevo cristiano se lo hizo saber al levita santo y he aquí que los dos comparecieron ante Valeriano.

—Deja de una vez tu tozudez—conminó el prefecto—y revela ya el lugar donde están escondidos los tesoros de la Iglesia.

—Bien—repuso Lorenzo—, pero dame dos o tres días de tiempo para que pueda reunirlos y entregártelos.

Valeriano se alegró sabremanera y accedió sin pensarlo más a la propuesta del arcediano. Este, desde aquel mismo momento, comenzó a reunir a cuantos ciegos y cojos, enfermos y pobres le fue dado encontrar, y los aposentó en casa de Hipólito.

Terminado el plazo que había solicitado, se presentó en el palacio de Salustio, donde le aguardaban ya Decio, el César y Valeriano, el prefecto. Díjole el primero:

—¿Dónde están los tesoros que prometiste entregar?

Lorenzo hizo una reverencia al César, como queriendo decir «ahora mismo te entregaré los tesoros», y salió para volver a entrar al cabo de unos momentos en compañía de la multitud de pobres que previamente había reunido y albergado en casa de Hipólito. Y cuando hubieron entrado en palacio, ante la atónita mirada de los dos prohombres del Imperio Romano, dijo en voz muy fuerte:

—¡Estos son los tesoros de la Iglesia! Tesoros que jamás disminuyen, ni llevan a su propietario a la ruina.—Y señaló el grupo inmenso de necesitados.

El prefecto Valeriano se enfureció, porque se sentía burlado.

—No quieras ya confiar en tus artes mágicas—ordenó con el ceño fruncido—y sacrifica a los dioses inmortales.

—Pero ¿es posible que os dejéis coaccionar por el diablo hasta el punto de decirles a los cristianos «sacrificad a los demonios»?—preguntó Lorenzo. Y añadió:—Dios, padre de nuestro Señor Jesús Cristo, es el Creador de todo lo creado: el creador de los hombres, de los pájaros, de los animales, de las bestias, de los jumentos, de los peces, del cielo, de la tierra...

Decio ordenó a los sayones que desnudasen al valiente arcediano y le azotasen con los látigos de puntas de hierro. Y dirigiéndose a Lorenzo:

—No blasfemes más de los dioses—dijo.

Mientras descargaban golpes sobre sus desnudas espaldas, el mártir daba gracias a Dios:

—Gracias, Dios mío, porque te has dignado unirte al número de tus siervos—. Y añadió para Decio: —¡No sabes cómo te equivocas, miserable, al dejarte llevar por tu maldad!

—Levantadlo del suelo—mandó Decio—y haced desfilar ante sus ojos todos los instrumentos de tormento.

Y le fueron presentadas a Lorenzo planchas de hierro, potros, mazos de plomo, espinos... Y le urgió el César:

—Este es mi consejo: que sacrifiques a los dioses. De lo contrario, tu cuerpo probará todas las caricias de este instrumental.

—¡Infeliz!—respondió Lorenzo—. Es precisamente lo que siempre he deseado: participar en este convite. Para cuenta, te lo ruego, pues los tormentos que tú has exhibido ante mí, los sufrirás tú eternamente. Para mí tus suplicios significan nada menos que la gloria.

—Entonces, dime donde se esconden tus compinches, para que yo pueda hacerles partícipes de tu misma gloria.

—Han dado ya sus nombres al Cielo. Tú no eres digno de serles presentado.

Aquí terminó la sesión. Lorenzo fue llevado en cadenas al palacio de Tiberio, mientras se preparaba el tribunal en la basílica de Júpiter, donde se reanudó el juicio.

—La Urbe ha de ser limpiada y purificada. Es preciso que digas quiénes son cristianos. Por lo que se refiere a ti, deja de confiar en tus tesoros y sacrifica a los dioses.

—Bien cierto es que confío en mis tesoros—afirmó Lorenzo.

—¿Crees, acaso, que por ellos te librarás de los tormentos?

—No me has entendido bien. Los tesoros en que yo confío no son de aquí, sino del Cielo.

En este punto, Decio ordenó que fuese apaleado.

—¿Lo ves, miserable? Porque confío en mis tesoros, no noto tus tormentos.

—¡Aumentad los palos!—rugió Decio. Y añadió:—Y aplicad a sus costados sendas planchas de hierro candentes.

Lorenzo no se inmutaba, antes bien, a cada nuevo tormento su rostro refulgía de una más inefable sonrisa.

—¡Señor Jesús Cristo, Dios de Dios verdadero, compadécete de tu siervo! Cuando me han acusado, yo no te he negado. Siempre que me han preguntado, te confesé.

Lorenzo había caído y Decio hizo que le levantaran del suelo.

—Sé que eres un mago—dijo—. Sin embargo de nada te han de valer tus astucias y malas artes. ¡Por todos los dioses y diosas te digo que o sacrificas o morirás entre tormentos!

—Sigue, sigue...—respondió Lorenzo—ya que en Cristo no temo tus tormentos.

A cada indicación del César los soldados añadían un nuevo tormento al animoso levita: le azotaron con los azotes cuyas puntas terminaban en trozos de plozo; arañaron sus carnes con uñas de hierro; le extendieron en el potro y tiraban fuertemente de sus extremidades... Lorenzo se sonreía igual que si le hubiesen estado cosquilleando. Y no cesaba de dar gracias a Dios:

—Bendito seas, Señor Dios, por tu misericordia para con nosotros, Haz, te suplico, que todos puedan ver en mí cómo consuelas a tus siervos.

Y sucedió que en aquella misma hora uno de los soldados, llamado Romano, creyó en Cristo por las palabras del arcediano, a quien dijo:

—Veo junto a ti a un bellissimo varón que enjuga tus miembros con ricos paños. ¡En nombre de ese Dios que te ha enviado su ángel, no me abandones!

—¡Hemos sido vencidos por la magia!—dijo Decio a Valeriano—y mandó levantar al santo del potro.

Romano se acercó a Lorenzo con un jarro lleno de agua, se postró a sus pies y con lágrimas le pidió el bautismo. Accedió el arcediano y le bautizó. El César descargó sus iras sobre el recién bautizado a quien mandó apalear. Y Romano, sin que ninguno le preguntara, no cesaba de gritar lleno de alegría:

—¡Soy cristiano!

Y sin más Decio le condenó a muerte. Romano fue llevado fuera de los muros de la Puerta Salaria, donde fue degollado el quinto de los idus de agosto. De noche el presbítero Justino recogió su cadáver para enterrarlo en una cripta del Campo Verado.

Llegada la oscuridad, otra vez se reunió el tribunal que entendía de Lorenzo. Esta vez en las termas llamadas de la Olimpiada. Junto al tribunal prepararon una mesa con todos los instrumentos de suplicio: mazos de plomo, azotes, látigos, planchas de hierro, uñas, potros, horcas... Todo ello había de servir para impresionar al valiente levita.

—Háblanos de ti—le ordenaron.

—Soy español por naturaleza. Por crianza y educación, romano. Por la gracia de Dios, y desde mi cuna, cristiano.

—Explícanos por qué no temes los tormentos.

—Porque en Cristo es imposible temer nada.

—La noche que acaba de abrirse la pasarás entre inmensos suplicios si te niegas a sacrificar a los dioses.

Así amenazó Decio a Lorenzo y para que a éste no le cupiera la menor duda, hizo que golpearan su boca con una piedra. A pesar de ello, el arcediano no dejó de sonreír. Y decía:

—Gracias, Señor. Tú eres el Dios de todas las cosas.

—Dadle una cama de hierro para que descansa el contumaz —ordenó el César.

Inmediatamente fue montada una cama con tres barras de hierro a modo de parrilla. Desnudaron a Lorenzo y le extendieron en ella, debajo de la cual pusieron leña y brasas. Y con unas horcas de hierro punzaban al mártir y le invitaban a que sacrificara a los dioses:

—¡Sacrifica a los dioses!

—El sacrificio de un espíritu atribulado, es un sacrificio agradable a Dios. Yo mismo me he ofrecido como víctima.

Los sayones hurgaban el fuego y ponían carbones debajo de la cama de hierro y con las horcas no cesaban de punzarle.

— ¡Para que aprendas, miserable!—dijo Lorenzo—. Tus carbones me refrigeran. Tú, entretanto, no haces más que aguardar el suplicio eterno. Sabe el Señor que en la acusación no le he negado y que, preguntado, no he dejado de confesarle.

—¿Dónde está el fuego que tú prometes a los dioses?—preguntó Valeriano.

—¡Cuán ciegos sois! ¿Acaso no os dais cuenta de que vuestro fuego no quema, sino que refresca el cuerpo.

Y se admiraban todos de cómo Decio había ordenado que le asaran vivo.

—¡Gracias, Señor Jesús Cristo, que te dignas darme fuerzas! —rezaba Lorenzo—. Y volviendo la vista a Decio, le dijo:—¡Ea, miserable, una parte de mi cuerpo está asada ya; dame la vuelta para que se ase la otra mitad y cómeme!

Acto seguido miró hacia el cielo y exclamó:

—Gracias, Señor Cristo Jesús, por haberme concedido merecer entrar por tus puertas.

Y al momento murió.

Quedó su cuerpo toda la noche sobre la parrilla. Al amanecer, Hipólito recogió el cadáver, lo envolvió con sábanas y lo aromatizó.

Después se fue a dar parte al presbítero Justino y los dos juntos llevaron la preciosa carga a un predio que la matrona Ciriaca poseía en la Via Tiburtina, donde escondieron el maltratado cuerpo del levita durante el día. Llegada la noche lo enterraron en una cripta de la misma Via, en el Campo Verano, con la asistencia de multitud de cristianos. Y el presbítero Justino celebró el sacrificio del que participaron todos.

Así termina la áurea leyenda que refiere la pasión de san Lorenzo, arcediano y mártir. A Cristo Jesús sea dado honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.